

La Rana Roja



Num. 232 77

DICIEMBRE-8- 2010

(SEGUNDA ÉPOCA)

Las hijas de Circe es la serie de cuentos y relatos que, en su segunda época presenta la insuperable revista literaria *La Rana Roja*. Martré abre un bello abanico de mujeres fatales, mayoritariamente mexicanas. Ya el cine mexicano de los años 40 y 50 nos había ofrecido un búcaro exquisito de rumberas rompedoras de corazones. La literatura mexicana nos había ofrecido otras, pero no tantas, ni juntas, ni de un solo autor como las que aquí aparecerán. Deseamos que las disfruten, son tan malas como las francesas o las argentinas.

Vayamos al mundo de las féminas fatales. Principiamos con una virgen, seguimos con una dama de sangre azul, luego llegó el turno a una burguesa; para cerrar el año, presentamos ahora a Isabel, una joven bella y, en apariencia ingenua provinciana, también venida de Sonora.



LA BELLA PROVINCIANA

“Álamo Blanco” percibía un lento cambio de ánimo en sí mismo desde hacía pocas semanas; con fuerza persuasiva avasallaba su rotundez de varón sencillo, sin complicaciones, sin sueños inquietantes, sin sorpresas estremecedoras.

Se puso sus pantalones de piel.

La causa, lejos de ser un misterio, era palpable; poseía manos cálidas, un aroma intenso a huela de noche, cabellera ondulante, sangre encendida, ojos verde esmeralda y voz cantarina.

Se ajustó su chazarilla de gamuza.

Mujer alas de mariposa, hojas de primavera, roseta del alma, código íntimo. ¡Ay!, perspectiva lejana, realidad paralizada por el tiempo, lejanía angustiada. Tanto más lejana y angustiada como cuanto más cerca la tenía.

Calzó sus botas de piel de venado.

Semanas de inquietud sentimental y tortura obsesiva. Distorsionamiento de la realidad. Imposibilidad de esa cotidianidad quemante. Apremio de romper el espejo de agua que refleja las ilusiones fallidas. ¡Acción urgente!

Se caló su sombrero tejano legítimo.

¡Sí, acción! No más minutos aletargados, no más auto vituperios internos. “Álamo Blanco” no era un pensador en reposo, era hombre de acción.

Su atuendo de lujo estaría incompleto sin su arma favorita: un revólver .45

Vino desde Sonora al Distrito Federal en compañía de “Peña Roja”, su compadre de grado. Engallados centinelas del gobernador fueron cedidos –acto de cortesía servil- al presidente que los había elogiado por su puntería perfecta con arma de fuego en campo de prácticas.

A mitad del siglo, un año completo cumplían como vigías del mandatario. “Álamo Blanco” despertaba todos los días rodeado de ventanas asfixiadas por la soledad. “Peña Roja” y su esposa anhelando el fin del sexenio para regresar a Cajeme.

Un águila mordió una nube y los jirones se le atragantaron en la garganta. ¿A qué prolongar más la quemadura de ese amor atisbado, de esa pasión? ¡Pediría la mano anhelada ese día! Eso era acción.

Cuando salió a la calle el cielo se enmanteló con banquetes de floreros derramando dalias rojas y pareció más cercano, algo más bajo, como descendiendo a rastras sobre su figura bizarra.

Obcecada melancolía. ¿Cómo vivir sin ella?

Enfiló hacia la calle para ir a la casa de “Peña Roja”, con quien hacía una pareja temible: eran los mejores pistoleros de estilo yaqui, especialidad que consistía en disparar desde la cadera, sin desenfundar el arma, con puntería mortífera.

Se había hecho costumbre que esos hombres de estampa imponente se reunieran en casa de “Peña Roja” para comer machaca con huevo y burritas de camarones copiosamente regadas con mezcal “Bacanora”, comelitones servidos por su comadre una vez por semana.

Hacía un mes que “Álamo Blanco”, de suyo hablantín y echador permanecía taciturno en aquellas reuniones. “Peña Roja” barruntaba aquel cambio de carácter como causado por alguna mujer ladina pero, si su amigo y compadre (le había bautizado a su único chilpayate), no deseaba entrar en confidencias, prefería no inmiscuirse en su vida.

En vez de caballo subió a uno de los incontables “Packard” de su señor y marchó atrapado en el río de la tersa piel translúcida, ausencia mordaza de su frenesí.

“Peña Roja”, su esposa e hijo vivían en una casita bardeada en las calles de Mérida: celoso sicópata, impedía que su señora hiciera amistad con las desconocidas mujeres capitalinas cuya fama de casquivanas llegaba a través de las películas y las radionovelas hasta lo más recóndito de Cajeme, su terruño. Ella hacía vida de enclaustramiento encantado perdido en el ocre del tiempo.

Estacionó el auto oficial frente al domicilio de su compadre, quien quedó sorprendido del aspecto dominguero:

-Pos qué es hoy día de su cumpleaños, huerco? ¿Por qué no me avisó pa’pedirle medio venado a mi gente del pueblo? ¿Ora como lo agasajo?

La franqueza diáfana del compadre inhibió un poco a “Álamo Blanco”, quien no supo cómo comenzar a describir la turbulencia oscura del asunto que lo traía tan desazonado:

-Pos...este...mire compadre, santo mío, no es, ni tampoco mi cumpleaños, es que vengo a un asunto...un asunto...

“Peña Roja” abrió los brazos y el agua mansa de la amistad antigua corrió entre ellos.

¿Y qué hace ahí paradote como si nunca hubiera entrado a su humilde casa? ¡Ándele, jálele pa’dentro! Ya me dirá de que se trata.

La esposa salió al encuentro del compadre y permitió retener la mano medio segundo más de lo estipulado por las reglas de etiqueta yaqui, correspondiendo al leve roce con una sonrisa cálida.

-No lo esperábamos hoy, compadre –dijo ella.

El mundo se abrió a las doce del día y eso ameritaba un trago de “Bacanora” ardiente que ella arrimó con diligencia. Los dos hombres tomaron asiento en el pequeño comedor, “Álamo Blanco” se quitó el tejano y la comadre se apresuró a recogerlo:

--¿Y qué pues? –preguntó amistosamente el compadre-. Antes que nada salucita –dijo a modo de preámbulo, sirviendo de una botella sin marca. Ambos machos norteros apuraron hasta la última gota del fuerte mezcal de Bacanora. Un río de fuego bajó por sus gargantas hechas de amianto texturado.

Pos me trae un asunto de mucha gravedad, compadre –dijo “Álamo Blanco”, sin esperar interpelación-; figúrese que me quiero casar, y vengo a verlo, porque, justed es el único que me puede ayudar en esto!

El compadre sonrió y la comadre torció la naricita fina, sorprendida por aquella confesión. Cortó un queso. Como diapasón frenético, vibrantes trémolos los negros cabellos húmedos, se encontraba yendo y viniendo entre el comedor y la cocina, haciendo como que hacía algo sin efectuar nada importante en realidad. Pretexto para escuchar mejor a los hombres:

-¿Ya tiene novia pues? –preguntó sonriendo el compadre.

“Álamo Blanco” comenzó a liar un cigarro de hoja de maíz, evitando ver a los ojos del compadre; batiéndose entre purulencias del alma y ahogado en hiel, confesó:

-Pos como tenerla, tenerla, no –musitó.

“Peña Roja” le buscó la cara y susurró, acosándolo:

-¿Ni siquiera a vistas?

La operación de liar el cigarro era tan lenta como el reptar de cuatro boas, cuatro palabras perseguidas:

-Pos a vistas, sí.

El compadre inquirió, socarrón:

-¿Es de Sonora?

El tabaco escapaba por una punta y el novio, argonauta en medio del desierto, náufrago del deseo, trató de retenerlo, sin quitar la atención de las escurridizas briznas pero sin dejar de oír al compadre:

-¿De dónde más había de ser?

Los labios de “Peña Roja” emitieron aullidos a la luna:

-¿Guapa?

Finalmente quedó bien liado el cigarro. Los dedos de “Álamo Blanco” buscaron los fósforos en la sombra de sus bolsillos hasta hallarlos, entonces respondió con el mismo timbre, pero al fin eco:

-Como la que más.

La comadre, pétalo rozagante de la flor curiosa derramada de savia, hizo su aparición arrimándoles otro platito con queso fresco.

-¿Y cuándo nos la presenta? -requirió “Peña Roja” antes de que ella se retirara.

Al fin “Álamo Blanco” levantó la cara, dio una primera fumada, y antes de contestar se produjo un silencio corto, claroscuro de la conciencia. Las palabras se escurrieron opacas:

-Pos ustedes ya la conocen.

En la cara de la comadre se reflejó la inquietud de un confín a otro de sus ojos; en la del compadre, un soplo de extrañeza íntima:

-¿Qué yo la conozco? Ah, déjeme ver, déjeme recordar. Oiga no...pos no por más que le hago. ¿Vive en México?

-Aquí mero.

A “Peña Roja”, el pasmo, sol de mediodía, no le dejaba ver la luna pálida:

-Me desconcierta, compadre; así como usted dice, no recuerdo a ninguna soltera.

-Pos es que esta huerca no es soltera –confesó “Álamo Blanco” aplastando en el cenicero el cigarrillo que tanto le había costado liar, sin saborear casi la primera chupada por tener en la boca seca el peso de la eternidad.

-Mire nomás compadre. Con marido y todo –comentó “Peña Roja” con un matiz clavado de sorna.

El diálogo fluía lento, obstruido por bloques de silencio que se levantaban como corazas, como armadura que rechazara las palabras de “Álamo Blanco”, en su corazón el reflejo íntimo de un sol en ocaso:

Pos el amor no se fija en eso.

Al soltar un florero la comadre rompió uno de esos silencios y anunció que haría unas burritas y ganó para la cocina. El compadre silbó por lo bajo, medio picarón:

-¡Ah jijo! ¿Entonces sí anda usted detrás de una casada?

-Que usted ya conoce, compadre –insistió el enamorado apurando su mezcal, como el perseguido que salta la última frontera de la angustia.

Para ayudar a su esquiva memoria, “Peña Roja” sirvió más “Bacanora” y paladeándola lentamente esta vez, pasó revista al reducido círculo de sus amistades sonorenses, y ninguna de las esposas de aquellos amigos y conocidos respondía a la somera descripción, ninguna era una belleza despampanante. Modestamente, él poseía a la sonorense más guapa; tanto o más que la paisana María Félix y la evidencia le saltó a la cabeza precipitándolo, maltrecho, a un negro pozo de alacranes:

-Pos...pos...a no ser mi mujer...¿Quién más? –dedujo con voz insegura, como dudando de su propia conclusión. Pero la respuesta del compadre fue inequívoca:

-Pos ya le dio en el clavo, compadre.

La actitud y entonación de “Álamo Blanco”, lejos de ser retadora, encerraba casi una disculpa. Los dos abandonaron el vaso de mezcal que empuñaban y dieron a sus manos un rumbo preciso: la pistolera. “Peña Roja” halló el vacío, se encontró desarmado. Inseguro, demandó ratificación:

-¿Usted me viene a pedir a Isabel?

-Así es, compadre.

La voz deformada, enferma, apagada, formuló la pregunta salvadora:

-¿Está de guasa?

El pretendiente hizo acopio de toda la sangre fría de la serpiente del desierto sonorense para reafirmar:

-Es en serio. Estoy enamorado de ella y vengo a pedirla. Mis intenciones son sanas, la quiero por esposa.

-¡Isabel! –gritó “Peña Roja” mirando fijamente a su compadre, sintiendo en el entresijo una soga apretándole la boca del estómago.

Al llamado perentorio de su marido, acudió Isabel a punto de soltar el llanto doblada por la ceniza de sus fantasías y sus días de pantano succionador.

-El compadre ha venido a pedirte. ¿Has tenido que ver con él?

Isabel, puesta en trance de confrontación, retorciendo la punta de su mandil, entreviendo la fatalidad, negó con el automatismo que presta el pánico a la existencia cierta de una atracción por el compadre que nunca había pasado de un secreto íntimo:

-¡Nunca he tenido nada que ver con él! –gritó trémula. Un silencio breve hizo un nudo de los tres. “Peña Roja”, escultura de sal, interrogó secamente:

-Ya lo oyó, compadre. ¿Qué dice a eso?

Trinidad de sal y piedra en cuyo vértice los labios perfectos dijeron la verdad, nada podría señalar jamás que, las miradas tiernas y los relampagueantes apretones de mano fuesen base de coquetería formal, y el yaqui joven, a su pesar rompió las membranas y cuerdas azules de su voz, reconociéndolo:

-Así es, como ella lo dice.

El yaqui viejo giró el rostro para escudriñar los ojos de su mujer con estiletes de quemaduras:

-Pero si mi compadre cree que lo aceptas, por algo será ¿lo quieres?

Ella reiteró la negativa mintiendo a sabiendas, con un roce sutil de reproche:

-No sé por qué dice eso, no le he dado motivos.

“Peña Roja” abandonó un poco su aparente frialdad y dio a su voz ráfagas incandescentes:

-Vete a la recámara Isabel, y tráeme la pistola. Creo que el compadre me debe una explicación.

Isabel obedeció y le llevó el arma en su funda, colgando del ancho cinturón. Su hombre se colocó el arnés en el sitio acostumbrado. Ambos se acomodaron mejor en sus asientos, el gatillo como cómplice demiurgo de los dedos.

-Espero su explicación, compadre.

“Álamo Blanco” hacía cabriolas en el filo del ridículo. Su amor propio sufría profundamente. ¿Qué aguas o vientos apagarían el fuego que ardía en su epidermis? No podía tirar todo a broma, porque ese tipo de bromas no se estilaba entre los yaquis. No podía tampoco implicar a Isabel en sus elucubraciones amorosas: la clara negativa cavaba túneles en sus entrañas contraídas.

La ira, el despecho y la locura hacen perder los estribos al hombre más templado, de llevarlo por senderos aviesos. Casi no pudo reconocer su voz cuando dijo:

-De cualquier modo, formalmente le pido la mano de Isabel.

Los espejos comunicantes estallaron. Aquella petición de mano era un insulto mortal a los oídos del compadre:

-¿Nos salimos pa'fuera? -preguntó el ofendido.

“Álamo Blanco” llevó su osadía hasta la última consecuencia:

-Aquí mismo se me hace bueno –declaró glacialmente.

Estaban sentados a escaso metro y medio entre los dos. Ninguno tenía necesidad de sacar la pistola, y hacía rato habían amartillado. Desde la funda de punta recortada saldrían los plomos y vencería el más rápido. No se llega a la fama sin ser un virtuoso del tiro de precisión. Oh, sarcasmo de la vida, “Peña Roja” fue el maestro de tiro yaqui de “Álamo Blanco”, ese chico diez años menor quien un día le pidió le permitiera ser su alumno. Y esa tarde, tan sólo quedaría un campeón...o tal vez ninguno.

En las miradas surgió la señal de disparar. “Peña Roja” cayó hacia atrás, fulminado por un certero balazo al corazón.

“Álamo Blanco” no podía dar crédito a lo sucedido. ¡Su compadre no había disparado! Se levantó, tambaleándose por la impresión y se agachó ante el cadáver. Extrajo el revólver del compadre y una sospecha inundó de rojo su vista. Revisó bien el arma y comprobó que el tambor se hallaba vacío. Se enderezó lentamente y miró hacia Isabel. Ella le sonreía tímidamente desde la puerta de la recámara, como buscando su aprobación en los ojos. De nuevo lo vio todo rojo. Disparó otra vez.

Trastabillando penosamente sobre los cadáveres, llenos los ojos de navajas goteantes y hormigas rojas, recogió a su ahijado y salió de la casa. Ni siquiera miró el “Packard”; a su costado, la pistola le pesaba como si arrastrara un fardo voluminoso relleno de pedacería de acero, el ahijado lloraba haciendo apenas ruido, caminando dobló la esquina y nadie salió a mirarlo, nadie festejó su hazaña, la calle desierta, tanto como el vasto desierto sonoreense se alargaba delante de él hasta el infinito, si alguien escuchó aquel disparo, disparo único, nadie se dio por enterado, agobiado por el peso del arma se quitó el arnés y arrojó todo en el quicio de un zaguán; aquella fría ciudad se lo tragó: jamás volvió a Cajeme, nunca nadie supo más de él.

TRANSCRIPCIÓN TARDÍA DE UNA CRÍTICA LITERARIA.

No por tardía es inoportuna. Críticas como éstas siempre son bienvenidas en la eximia Rana Roja.

26 de marzo de 2009

El lado oscuro

La novedad. La siempre novedosa y sobrepujada novedad. La mortal. La pasajera. La moderna y posmoderna. La fragilidad que persigue el azar en busca del knockout. La novedad nos regala, hoy, con un maravilloso artículo cuyo título, en letra grande, grandotota, dice

"Explora Volpi su lado oscuro"

(nota de Érika P. Buzio, Reforma, Cultura, 26 de marzo de 2009)

Tras la noticia de esta nueva novela, ¡Aleluya!, procede el seguimiento periodístico de tal acontecimiento. El artículo inmediatamente anterior (porque la publicidad es una cosa diaria y sincera) comienza así: "Tras la intervención militar de Estados Unidos en Iraq, Laila busca entre los muertos a quienes ama, en medio de una devastación civil que sólo pudo ser provocada por la indiferencia de los ejércitos infieles" y continúa

"De ese paisaje desolador surge *El jardín devastado*, **novela de corto aliento** con la cual Jorge Volpi ensaya un estilo radicalmente distinto a su Trilogía del Siglo 20, conformada por *En busca de Klingsor* (1999), *El fin de la locura* (2003) y *No será la tierra* (2006)" ("Narra Volpi desolación iraquí", nota de Óscar Cid de León, Reforma, sección cultural, 6 de noviembre de 2008).

Que el lado oscuro de JV es de corto aliento lo sabemos desde hace diecisiete años cuando dio a las prensas su *A pesar del oscuro silencio*. A pesar, sí, tituló nuestro Anakin nacional lo que hoy reaparece como motivo estructural de su narrativa. Pero hay más. Dos declaraciones relativamente recientes. La primera, una paráfrasis de su conferencia en la preclara Facultad de Derecho de la UNAM. Dice la nota:

"Fue un acierto estudiar derecho y luego tener cercanía con el poder —por ejemplo como colaborador de procuradores— porque esas experiencias le permitieron tocar directamente la realidad y **no quedarse con la perspectiva <libresca o literaria> de la vida**." ("Revela Volpi oscuro pasado", nota de Yanireth Israde, Reforma, Cultura, 10 de octubre de 2008).

La segunda, un artículo para *El cultural* (30/01/2009):

"Era 1990 y, luego de mi primer verano en Europa, regresé a **mi torturante** experiencia como estudiante de Derecho de la Universidad Nacional de México. Aunque desde los dieciséis años había tomado la **insensata decisión** de dedicarme a la literatura, había sucumbido a la presión, más de los amigos que de la familia, de dedicarme a una profesión normal que me permitiese financiar **mi pasión literaria**".

La insensatez, por lo demás, trasciende (o justifica o fundamenta o todas juntamente) cualquier contradicción espuria. Pero, aceptémoslo, aunque aquí nos guste barrer para adentro también otorgamos honor a quien honor merece. Así, para limpiar un poco tanta (auto) difamación, nos sumamos firmemente al comienzo de esta última novela:

"Odio ser humano. Huyo entre las sábanas y, apenas parpadeo —el espejismo de la noche—, reencuentro mi estirpe carroñera. Mi consuelo es no haberme jamás reproducido, o así lo espero."



LOS CINCO DEDOS ÁRABES SEGÚN ALÍ BABÁ KARAM BOLAH, EXGOBERNADOR DE HIDALGO.

La escena ocurre en la casa de Karam. El hijo le cuenta:

- Babá, Babá! , en el colegio me han rebrobado...
- Borqué, hijo? Cuéntale a tu badre!

- Borque no sube los nombres de los dedos de la mano, badre! Es que acaso es tan imbortante darles nombres?

- Hijo, yo tamboco los sabía y siembre me las arreglé muy bien. Te contaré cuáles son los nombres de los dedos y borqué es imbortante saberlos...:
 - El brimero es el legal... sirbe bara firmar los babeles imbortantes!
 - El segundo es el autoritario... sirve bara dar las ordenes!
 - El tercero es el baginal y se usa mojado.... ya sabrás bara qué!
 - El cuarto es el matrimonial... allí te bones el anillo de bodas!
 - El quinto es el buscador... busca en la nariz, busca en las orejas..

- Berdone usted badre, combrendo muy bien lo que usted me enseña, bero no tengo muy en claro bara qué sirve el tercero.....
 - Ah, el tercero hijo... te dije que era el baginal... Te lo mojas un boco con saliba y.. sirve bara basar las báginas: bágina uno, bágina dos...y así hasta que termines de leer la libro.....

MAL BENSADOS !!!!!!!

NEGRO INÚTIL



-
La mujer le dice al marido:

Querido, esta noche tuve un sueño increíble.

Estábamos haciendo el amor y, al lado de la cama, estaba un negro abanicándonos y eso me hacía gozar mucho.

Los dos deciden poner en práctica el sueño y en un semáforo encuentran al negro saltapatrás ex gober de Veracruz a quien le ofrecen US\$ 1000 si acepta abanicarlos mientras ellos practican sexo. El gober negro acepta y los tres van a la casa.

Los dos cónyuges empiezan a hacer el amor mientras el negro abanica como un perfecto esclavo africano, pero no da ningún resultado.

La mujer entonces le dice al marido:

A lo mejor funciona si invertimos los papeles... tú abanicas y él viene a la cama.

El marido, dudando, acepta.

El negro se mete en la cama, y el marido empieza a abanicar.

A la memoria de Raúl Rodríguez Cetina (1953-2009) . Miembro de número de la 3ª Generación de la LEAB.

Por Jorge Arturo Borja (fragmentos, “Los bastardos de la uva”, Num.2-2010)



Cuando publicó su primera novela *El desconocido* (Duncan editores 1978/Plaza y Valdés editores 2007) a Raúl Rodríguez Cetina se le consideró como un autor de literatura gay. Rafael Solana escribió un comentario en que la catalogaba dentro de las novelas malditas y los temas prohibidos, comparó al autor con Proust, Wilde y Pierre Louis.

El Desconocido es una narración autobiográfica que Rodríguez Cetina escribió a los 23 años como resultado de una terapia psicoanalítica y de su paso por el taller de Andrés González Pagés. En palabras del propio autor:

“Lo que se cuenta ahí son vivencias que ocurrieron durante la pubertad y el paso a la adolescencia, mientras crecía prácticamente solo en Mérida, debido a que provengo de un divorcio, un drama familiar. Por ello, fui dejado a la deriva y el rechazo paterno me obligó a vivir por mí mismo. Me hice de un plan, un proyecto de vida que consistía en pagarme una carrera rápida de contador y estudiar inglés. Para sostenerme de los 15 a los 18 años me vi obligado a sobrevivir mediante la prostitución” (Entrevista de RRC con Ricardo E. Tatto. Feb-2008. Blog La Cueva del Gonzo).

Esta novela puede situarse dentro del llamado *bildungs roman* o novela de crecimiento, subgénero que narra el difícil aprendizaje y la iniciación del adolescente en las miserias de la vida adulta. A diferencia de otros libros casi infantiles que comparten esta clasificación, como la célebre *Batallas en el Desierto* de J.E. Pacheco, *El Desconocido* es un libro desgarrador e incompaciente que comienza con la vida del protagonista Narveli, en un internado, Prosigue con el inicio en el medio de la prostitución masculina y concluye con el viaje del protagonista a la ciudad de México.

En las páginas de su obra inicial, RRC sienta las bases del estilo y las temáticas que va a desarrollar a lo largo de su narrativa: personajes que siempre caminan al borde del abismo

emocional, bisexuales y ateos que no encuentran verdadero alivio en ninguna preferencia y buscan la única redención posible a través de la literatura, el alcohol o el suicidio.

Su primera publicación le ganó numerosos lectores que pretendían ver en su narrativa una bandera ideológica a favor del movimiento arco iris. Influye en tal apreciación que en esta época, segunda mitad de los setenta, se empieza a hacer visible la lucha por los derechos de los homosexuales y se comienza a afirmar la identidad gay. *El Desconocido* entonces, prosigue a otras novelas como (*Safari en la Zona Rosa* de Martré, 1970), *Mocambo* de Alberto Dallal (1976) y precede a *El Vampiro de la Colonia Roma* de Luis Zapata (1979), que abordan el tema del homosexualismo. Es por eso que la llegada de unos cuantos ejemplares de su novela a una librería de Mérida, su tierra natal, causa revuelo en el ambiente cultural y en el medio gay de la región.

Sin embargo, sus historias intimistas están muy alejadas de los melodramas en que cayó Luis Zapata después de su famoso vampiro, o de la pornografía homosexual de otros autores. Además, los personajes de RRC ni enfrentan graves problemas al asumir su condición sexual ni viven la existencia hedonista en la literatura gay. En cambio, sufren constantes problemas económicos y se empeñan en búsquedas interiores en las que, por lo general, nunca ven colmadas sus necesidades afectivas. Otra diferencia fundamental es que las mujeres ocupan un lugar preponderante como madres, amantes, amigas y confidentes de sus protagonistas.

Tal vez por lo anterior es que en sus siguientes obras, la doble orientación de sus protagonistas y sus escenarios y temáticas, más allá del ámbito gay, le ganaron el rechazo de los lectores del ambiente que discriminan a los bisexuales.

Su segunda novela *Flash back* (Premiá Editora, 1982) aborda la búsqueda existencial de Remi, el protagonista, quien ensaya distintas posibilidades de relación sentimental y sexual, con hombres y con mujeres que viven atrapados por la sensación de soledad, en una atmósfera donde no hay puerta de salida a la esperanza. En ésta, el escritor permite a su protagonista experimentar nuevas sensaciones.

A pesar de que sus historias están teñidas de erotismo y abierta sexualidad con sugerentes descripciones de encuentros homo y heterosexuales, RRC declara su reticencia ante el acto sexual. Aunque vivió en carne propia la violencia y el desencanto amorosos, reconoce que lo hizo solamente como un medio de experimentar los mecanismos de la pasión, pero no con el fin de dejarse arrastrar por ella.

Su tercera novela *Primer plano* (Ed. Katún, 1984), abunda sobre el desencuentro del protagonista, quien se siente incomunicado en una sociedad carente de cultura, drogada por la televisión y dedicada a reproducirse masivamente. El final mantiene la duda sobre si el personaje continúa en el mundo o prefiere poner fin a su vida.

A mediados de los ochenta, RRC es un escritor que ha conseguido la fidelidad de algunos lectores a pesar de la precaria difusión de sus libros. Y aunque han aparecido reseñas sobre su literatura en suplementos culturales de México y de España, sigue siendo un autor desconocido para las grandes editoriales.

El medio literario mexicano está lleno de amiguismos y de envidias. Como RRC no pertenece a ningún cenáculo, sus libros se promueven muy poco, y cuando aparecen se publican en editoriales pequeñas, marginales, de distribución muy deficiente. Su estilo transparente y el desdén por los artificios literarios, lo escabroso de sus temas y su propia persona tan claridosa y directa, lo alejan cada vez más de la posibilidad del éxito comercial.

Su siguiente novela *Alejamiento* (Grijalbo, 1987), inspirada en Silvia Plath y Antonieta Rivas Mercado, narra la historia de una joven poeta llamada Galia, quien recibe el reconocimiento

después de su suicidio. Paradójicamente es con esta historia que la obra del propio Raúl Rodríguez Cetina empieza a ser comentada por críticos como Ignacio Trejo Fuentes, Juan Domingo Argüelles, Margo Glantz y John Brushwood.

Desde fines de los noventa RRC continúa librando la batalla por los recursos económicos que le permiten mantenerse con cierto decoro y seguir escribiendo. Divide sus horarios entre chambas diversas que le permiten subsistir. Se multiplica escribiendo una columna cultural para "El Universal", redactando boletines y programas para la Asamblea del D.F., haciendo discursos para el diputado René Arce y, a veces, incluso recurre a las traducciones. Por las tardes se le puede encontrar en el café Habana de Bucareli, refugio de viejos periodistas y algunos sábados, como miembro de número de la tercera generación de la Liga de Escritores y Artistas Borrachos (LEAB), llega al Salón Palacio donde se pone hasta atrás.

Para aguantar su ritmo de trabajo y por un hábito inveterado en él, Raúl alterna la ingestión de pastillas tranquilizantes con los tragos. Las primeras para superar su natural nerviosismo y las segundas para estimular su elocuencia y disminuirle el "instinto autodestructivo". Al parecer nunca las combina al mismo tiempo, sino de acuerdo con su estado de ánimo. Eso dice. Finalmente, si alguien le cuestiona esa costumbre, contesta que "los escritores siempre mueren jóvenes sin importar la edad".

Los fines de semana le roba tiempo a todas sus actividades para dedicarlo a su verdadero vicio: la literatura en la que vuelca toda su verdad. De esa ocupación resultan tres novelas, un libro de cuentos y dos libros testimoniales más.

No obstante que Raúl también escribe ensayo y artículos periodísticos, es en su literatura donde mayormente refleja su experiencia de vida. De la relación adúltera que tiene con una empleada doméstica, quien empieza por hacer el aseo de su departamento y acaba enredada con él, escribe *Fallaste corazón* (Tintas editores, 1990), novela que recrea las vicisitudes trágicas de dos jóvenes amantes.

Después publica *Bellas en su abandono* (Ed. Gernika, 1994), un libro de cuentos para regodearse en los personajes femeninos que tanto le gustan y al mismo tiempo ajusta cuentas con su padre muerto hace ya varios años.

Y para poner punto final a la década, publica una novela humorística, muy criticada porque sale de su tono habitual: *Lupe la canalla* (Gernika, 1996/Daga Editores, 2000). En esta cuenta otra historia verídica que le ocurrió cuando, en una de sus prolongadas épocas de crisis económica, una admiradora "gorda, cuarentona y estúpida" (sic) lo acosa sexualmente.

En septiembre de 2001 recibe el premio "Antonio Mediz Bolio" por su trayectoria y rompe un periodo de falta de creatividad con *Ya vivi, ahora que hago* (Plaza y Valdés editores, 2001). Novela en la que en una sucesión de escenas narra con técnica casi cinematográfica la historia de Alejandro, un amigo suyo que murió asesinado, y la alterna con la historia de un escritor "conflictivo y propenso a la autodestrucción". En ella mantiene la misma visión pesimista de la vida e incluso confiesa su decepción por los premios.

A mediados de esta década, Raúl empieza a pagar la factura por años de intensidad de trabajo y descuido personal, de alcohol y de somníferos. Lo aquejan las enfermedades y la angustia económica. Una afección en la columna vertebral lo saca de circulación durante varios meses. De la soledad y la tortura que padeció en hospitales del ISSSTE, escribe la crónica *Corazón de acero* (Plaza y Valdés, 2002), en la que no hay ningún subterfugio literario que transforme la realidad, sólo nombres y situaciones vistas desde la óptica de un escritor que nunca necesitó imaginarse el dolor porque lo vivió a fondo.

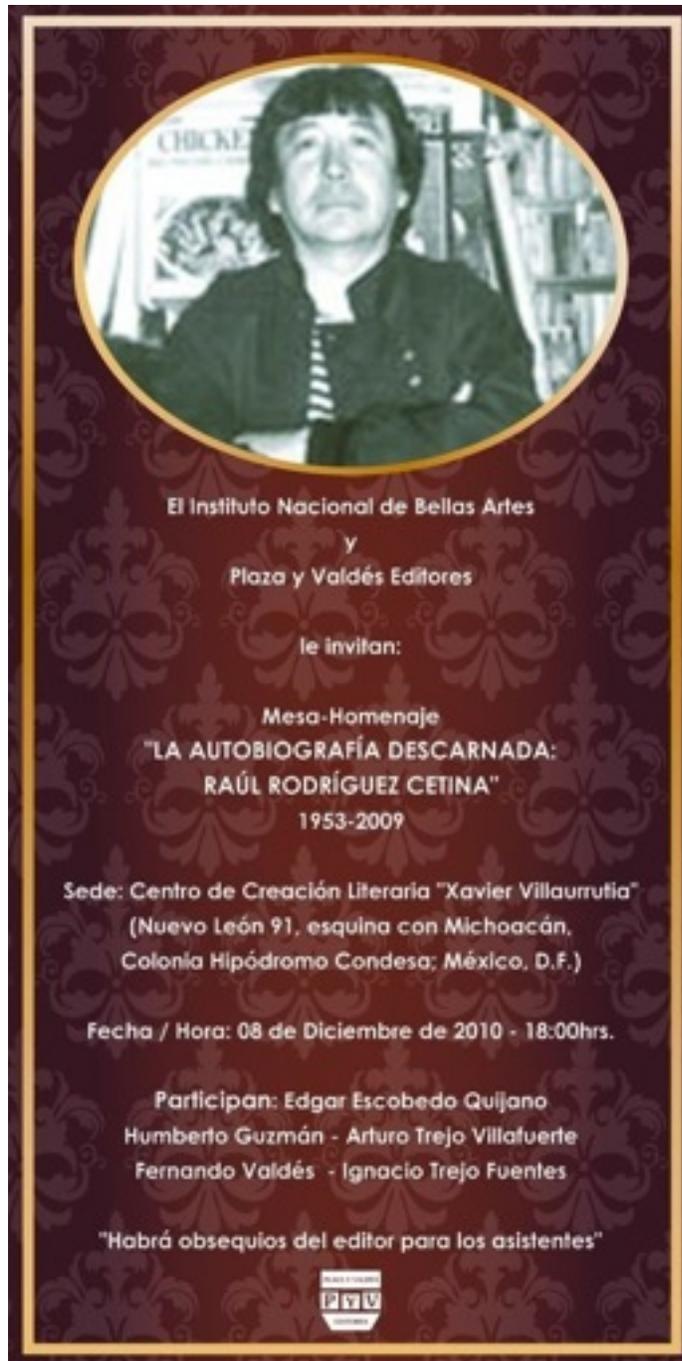
Ningún medio se pone de acuerdo. “¡Por Esto”, afirma que fue entre el 18 y 19 de noviembre del 2009. En “Noticias del Mundo” puede leerse que ocurrió el 22 de ese mismo mes. En la edición de “Milenio” del 28 de noviembre, aparece una nota de Ignacio Trejo Fuentes.

A mediados de 2010 la editorial Plaza y Valdés lanzó a la venta el último libro de Raúl. *Mi pasado me condena*, una serie de relatos engarzados que conforma su libro de memorias.

Vale la pena leer este libro que responde por medio del ejemplo de una vida, particularmente difícil, a tantos aprendices que sueñan con hacer carrera literaria.

El cuerpo de Raúl Rodríguez Cetina fue cremado y sus cenizas esparcidas en la Mérida que lo vio nacer en 1953.

Su libro póstumo *La autobiografía descarnada* será presentado este 8 de diciembre a las 6 PM según reza la invitación siguiente:



Trascendió

Que la publicación de una novela provocó la molestia de algunos ministros de la Suprema Corte de Justicia, a tal grado que se forzó la salida del subdirector de Información del Consejo de la Judicatura Federal, **Gregorio Ortega Molina**. Y es que hace unos meses salió el libro *Crimen de Estado*, que narra la historia de un presidente mexicano (en la década de los 80) que pactó con los *narcos*.

Dicha novela molestó a más de uno en la Corte, por lo que se pidió la renuncia a **Ortega Molina**, autor del libro, desde el máximo tribunal de justicia del país, institución donde se defiende denodadamente la libertad de expresión...siempre y cuando no afecte al estado corrupto y corruptor.

EL PUENTE DE CONCHA REYES

Nada mejor para cruzar el Puente de Concha Reyes en el cual estamos encima, que el tequila, nos dice nuestro amigo Roberto Reyes. Felices pachangas y huateques con la mexicana alegría.

Nuestro agave

El sabor del tequila me perfila
es elixir que inmola a la tristeza,
acerca a la mistad con gentileza
y es orgullo de México el tequila.

La sal y el limón, acólitos en fila
tradición y abolengo en toda mesa,
a la gente despierta su agudeza
y en cántaros de cobre se destila.

El tequila es precioso aperitivo,
y tenerlo guardado en la alacena
para un festejo en casa evocativo.

Mitiga a toda hora cualquier pena
y un brindis con tequila el gran motivo,
los 15 de septiembre y Noche Buena.

ROBERTO REYES

Faltan 676 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.



DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

CONSEJO EDITORIAL: Novo, Leduc, Tablada, Gómez de la Serna, Apuleyo, Juvenal, Celine, Bierce, Quevedo, Nikito Nipongo, Petronio y demás cuadernos...

COLABORADORES: René Avilés Fabila, Orlando Guillén, Francisco de la Parra de G., José Luis Ontiveros, Juan Cervera, Félix Luis Viera, Fernando Reyes, Lucero Balcázar, Laszlo Moussong, Edgar Escobedo Quijano.